

más que se ha cumplido el progreso en la esfera de la religión como en todas las restantes de la actividad humana. Esto es decisivo para la gran cuestión que acabamos de plantear. Si ha habido progreso religioso en lo pasado, ¿por qué habría de ser imposible en lo porvenir?

Queda el progreso moral. Y aquí dejamos el dominio de las instituciones sociales para volver al individuo. El progreso moral es, con el progreso religioso que á él se liga, el único que encuentra contradictores. ¿No dependería esto de una predisposición del espíritu profundamente arraigada en el hombre? Todos alabamos lo pasado y gustamos de maldecir de lo presente. La razón es bien sencilla: es que el mal que hiere nuestra vista, el mal que sufrimos, nos impresiona más vivamente que el que no conocemos sino imperfectamente por la historia, y esta tendencia nos hace injustos y nos lleva á negar el progreso moral. Esta es ya una razón para desconfiar de nuestro juicio; pero hay otra todavía que nos parece decisiva. Las manifestaciones del progreso que antes hemos señalado, y respecto de las cuales casi todo el mundo está de acuerdo, se deben incontestablemente á la actividad humana. Si se domina la materia y subyuga la naturaleza; si la ciencia sondea los abismos de los cielos, si revela los secretos de la creación, si descubre las leyes que rigen al individuo y á las sociedades; si los Estados se organizan sobre las bases de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, se debe ciertamente á los esfuerzos del hombre. ¿Por qué contradicción inexplicable habría de ser hoy todavía el hombre lo que era en la cuna del mundo, mientras que en torno de él y por él todo cambia? ¿Cómo! ¿habría progreso general, y habría de quedar sólo inmutable el actor del progreso? Esto es absurdo é imposible. El progreso material, científico, social y religioso no se concibe sino en cuanto el hombre gana incesantemente en inteligencia, en sentimiento, en fuerza. ¿No quiere esto decir que sus facultades morales se elevan y se perfeccionan? El cristianismo tradicional ha imaginado seres dotados de inteligencia, y aun de una inteligencia superior á la del hombre, y condenados, sin embargo, por la eternidad al mal; pero la filosofía no comprende la depravación unida á la inteligencia, á menos que no sea como una horrible enfermedad; no la comprende como una ley de nuestra naturaleza. Hay, por consecuencia, progreso moral.

Este progreso, como todos los demás, está atenuado por la historia. Lo que ha contribuido á ponerlo en duda es que los historiadores se ocupan poco de los individuos, y cuando hablan de ellos, es para señalar más sus excesos que sus virtudes; el vicio aparece á la superficie, mientras las más bellas cualidades del alma se ocultan á las miradas del observador. La historia, además, apenas ha sido estudiada hasta aquí bajo este punto de vista. Cuanto más se penetra en los pliegues y repliegues del hombre, más se adquirirá la convicción de que su conciencia se ilustra y de que su sentido moral se depura á través de los siglos. Con tal evidencia resalta este progreso en puntos fundamentales, que sólo una ciega prevención puede negarlo. La unión del hombre y de la mujer es, según la confesión de todo el mundo, la base de la moralidad. Pues bien, ¿no es hoy el matrimonio más moral que lo ha sido en lo pasado? Que se consulten sin prevención los hechos. Donde reina la poligamia, ¿puede existir una verdadera moralidad? ¿No es más bien la ausencia de todo elemento moral en la sociedad del hombre y de la mujer? La monogamia ha sido, pues, un inmenso progreso. Pero no basta todavía el solo hecho de la monogamia; hay que ver el sentido que le dan las leyes y la conciencia general para descubrir el vasto campo de progreso que abre en el desarrollo moral. Entre los Griegos está la mujer todavía separada del hombre, no vive de su vida. Hay más intimidad en el matrimonio romano; pero desgraciadamente la facilidad del divorcio vicia en su esencia la institución del matrimonio. El cristianismo santifica la unión conyugal erigiéndola en sacramento; mas la mujer queda siempre subordinada y como sellada con una especie de reprobación. Hoy el matrimonio es la unión de las almas; si estamos lejos de haber realizado este ideal, ha tomado ya puesto en la conciencia humana, y ayudará á transformar la humanidad.

La cuestión del progreso moral es tan grave, que se nos permitirá citar todavía otra prueba en apoyo de lo que sustentamos. Durante siglos no ha visto el hombre otro fin en su existencia que la felicidad, y felicidad material desde luego, que busca su satisfacción en los goces físicos, y aun ha habido una pretendida revelación divina que ha asignado como fin de la existencia, como ideal y como recompensa, la felicidad temporal. En el cristianismo cambió la felicidad de naturaleza; fué

puesta en la salvación, es decir, en un placer puramente espiritual, y de tal manera espiritual, que ni aun puede formarse de él una idea el hombre. Si en la realidad de la vida se preocupan poco los hombres de esta felicidad mística, no es menos cierto que van siempre en busca de la felicidad. Esta concepción vicia el sentido moral. ¿Qué es de la moralidad cuando la misma religión propone la felicidad á los hombres como último término de su destino? Para las masas, la virtud es un préstamo á corto plazo que el fiel hace á Dios; y cuando la virtud no degenera en un grosero cálculo, queda por lo menos rebajada, envilecida, porque no es ya un fin, sino un medio, lo cual excluye la verdadera moralidad. Hay otro ideal más elevado y más verdadero que comienza á inspirar á la conciencia humana: el fin no está ya en la felicidad, sino en el desarrollo más amplio, más completo de todas nuestras facultades. Según esta doctrina, ha de cumplirse el deber moral sólo porque es deber, hecha abstracción de toda idea de pena ó de recompensa; el desarrollo moral, como el desarrollo intelectual, es nuestra misión. ¿No es un inmenso progreso esta transformación de la idea de la felicidad? Se puede afirmar que la verdadera moralidad nace sólo cuando á la prolongada ilusión de la felicidad se sustituye el principio del deber. Verdad es que estamos lejos, bien lejos todavía de elevarnos á la altura de este nuevo ideal; pero ¿no tenemos delante de nosotros una eternidad para realizarlo?

III

Llegamos á la conclusión de que hay progreso individual y progreso social. Queda ahora una cuestión tan importante como las que preceden, á saber: la de la relación que existe entre el desarrollo del individuo y el de la sociedad. Los términos en que planteamos el problema responden anticipadamente al error de los que limitan el progreso á las instituciones sociales y políticas, opinión muy extendida en nuestro tiempo. Y no es que los socialistas no se interesen por el individuo, sino que, imbuídos del antiguo prejuicio de que la felicidad es nuestro fin y nuestro ideal, se dan á imaginar una organización social en la cual encuentren los hombres el bienestar material juntamente con los placeres del espíritu y los goces del sentimiento. Muchas ilusiones y muchos extravíos hay en esta

concepción. Los socialistas olvidan que el hombre es el actor del progreso que se cumple en todas las esferas de la actividad, y que él es, por consiguiente, quien debe perfeccionar la sociedad: ¿cómo pudiera hacerlo, si él mismo quedara estacionario? Colóquese un salvaje en una sociedad tan perfecta como se quiera, en la isla de Utopia; ¿qué hará? Volverá á sus selvas, porque hallará en ellas una existencia más adecuada á sus gustos y á sus ideas. Si queréis transformar la sociedad, comenzad por transformar al hombre. Hay todavía un vicio más grave en la doctrina de los socialistas: reducen al hombre al estado de animal ó de máquina, importándoles poco el desarrollo material y moral del individuo, con tal de que la máquina esté sabiamente organizada, con lo cual se rebaja al hombre á la condición de instrumento, no siendo él ya el fin, sino la sociedad. Esto conduce á absorber al individuo en la sociedad, es decir, á anularlo. ¡Extraño progreso que, si pudiera realizarse, aniquilaría á los seres cuya felicidad pretende asegurar!

Necesario es, sin duda, que las instituciones sociales se perfeccionen, pues que el hombre no puede cumplir su destino sino en el estado de sociedad. Perfeccionar la sociedad es multiplicar los medios puestos á disposición del hombre para labrar su perfeccionamiento, lo cual supone que la sociedad es el medio en que el hombre debe vivir, que está hecha para él, y no él quien está hecho para la sociedad: sólo á esta condición puede el hombre cumplir su destino. Las instituciones sociales deben prestarle ayuda; pero se engaña totalmente quien crea que basta una sociedad sabiamente organizada para que el individuo sea tan perfecto como puede llegar á serlo. En nosotros mismos es donde reside el principio de nuestra perfectibilidad, en las facultades, en las fuerzas de que Dios nos ha dotado. Se trata de desarrollarlas, para lo cual es preciso que el hombre piense, que trabaje. Cada uno de nosotros debe ser el actor de su propio perfeccionamiento, y por esta razón, lejos de amortiguar, hay que excitar la actividad individual y favorecerla. ¿No sería adormecerla hacer creer al hombre que basta que la máquina esté bien montada para que todo marche como en el mejor de los mundos posibles? La energía individual puede en rigor suplir las faltas de la organización social, pero jamás suplirá el más perfecto organismo la falta de energía del individuo.

Otro escollo, otro exceso hay en referirlo todo al individuo, á su perfeccionamiento, y considerar como indiferentes las instituciones sociales. Esta era la tendencia del estoicismo, y la doctrina cristiana ha reproducido en ciertos respectos los errores de los estoicos. ¿Qué importaba á Epicteto ser esclavo? No era menos libre en su foro interno, pues que se había emancipado de la tiranía de las pasiones. ¿Qué le importaba al cristiano el despotismo del imperio? Ciudadano de la Jerusalén celeste, extranjero en este mundo, su misión estaba cumplida cuando había asegurado la salvación de su alma. Los cristianos como los estoicos olvidaban que el hombre es tanto un ser sociable por su naturaleza como un ser dotado de razón; y pues que debe vivir en el estado de sociedad para desarrollar sus facultades, ¿no es trabajar por su perfeccionamiento perfeccionar las instituciones sociales? Que un Epicteto se perfeccione á pesar de las cadenas de la esclavitud es una rara excepción; al lado de él había millares de desgraciados á quienes la servidumbre degradaba, y que, asimilados á los brutos, acababan por parecérselos. ¿No corrompe, además, la esclavitud tanto al amo como al esclavo? Un gran progreso se ha cumplido, pues, en la moralidad cuando se han roto las cadenas del esclavo; y lo que es verdad de la esclavitud lo es igualmente de todas las instituciones viciosas.

Así hay acción y reacción de la sociedad sobre el individuo y del individuo sobre la sociedad. Trabajen los hombres en su propio perfeccionamiento, y la sociedad seguirá este progreso, modificando sus instituciones á cada progreso cumplido por sus miembros; que sólo es estable y definitivo el progreso social cuando en el progreso individual se funda. Si las sociedades europeas marchan de revolución en reacción, del grandioso movimiento del 89 á los golpes de Estado que confiscan las conquistas del 89, ¿no será porque el progreso social ha excedido al progreso individual? En cuanto esto acontece falta una base sólida, y el edificio se derumba como sobre movediza arena construido. Mas también ejerce la sociedad acción sobre el individuo. Compárense un Estado en que la libertad esté garantizada y un gobierno despótico: aquí las almas se hallan rebajadas, envilecidas, mientras allí se elevan y ennoblecen. Verdad es que para esto se necesita el concurso activo del individuo; que en vano proclamaría una constitución todas las

libertades imaginables si los espíritus están encadenados por la superstición y las almas degradadas por la ignorancia, en cuyo caso no sería la libertad política más que una amarga irrisión, cuando no una vergonzosa explotación de la estupidez humana.

Hasta aquí marchamos apoyados en los hechos. El lazo entre el individuo y la sociedad suscita todavía otra cuestión más difícil, pues que es más del dominio de la fe que de la historia. El individuo trabaja en el progreso social: ¿se aprovechará de un progreso que no se cumplirá sino después de su muerte? Y si no se aprovecha de él, ¿no es sacrificar el individuo al todo y caer en una especie de panteísmo social en que el individuo desaparece para no quedar subsistente más que un solo ser, la humanidad? La cuestión es grave. Esta aparente absorción del individuo en la especie ha alejado de la doctrina del progreso á los pensadores que se preocupan ante todo del desarrollo individual; y si realmente debiera conducir el progreso á anular al individuo, ¿no sería absurdo seguir hablando de progreso? Es preciso, pues, abordar el problema, á pesar de su oscuridad.

Ocorre desde luego una respuesta que es perentoria. Si los individuos trabajan realmente en el progreso social, es evidente que son los primeros en aprovecharse de sus esfuerzos, aun cuando la sociedad no recoja los frutos sino después de siglos. ¿Es acaso posible contribuir al perfeccionamiento de la sociedad sin perfeccionarse á sí propio? ¿No crece la inteligencia por el mero hecho de ejercer sus facultades? ¿No se eleva el alma cuando trabaja el hombre, sin que tenga la esperanza de recoger el fruto del campo que siembra? ¿No es esa la más pura abnegación, el más noble sacrificio de sí mismo? ¿Cómo decir que el que ejerce actos de inteligencia y de amor se anule en provecho de la humanidad, cuando cumple precisamente su misión de hombre en su más alta significación?

Basta esta respuesta para descartar la objeción. Mas hay otra todavía que se dirige á la fe. Hemos dicho que la filosofía se forma de la vida futura una idea diferente de la que el cristianismo tradicional profesa, pues admite que el hombre continúa después de su muerte su existencia infinita, y que debe, por consecuencia, renacer. En este punto convienen los filósofos que creen en una esencia espiritual. Pero ¿dónde y en qué condiciones tendrá

lugar nuestro renacimiento? La respuesta á esta pregunta es el dominio de la fe. Todo lo que puede afirmar la filosofía es que renacerá el hombre en un medio en que continúe su existencia tal como él mismo la ha desarrollado en su vida anterior; y por tanto, debe ser diferente el lugar, según el desarrollo que cada cual alcanza: puede bien ser la tierra en que vivimos, en cuyo caso es evidente que el hombre se aprovecha directamente de los progresos realizados por la sociedad terrena; puede también ser en otro globo, donde hallemos una sociedad con la cual estemos en relación de sentimientos, de ideas, de tendencias, y entonces no nos aprovecharemos directamente del progreso social que se realiza en este mundo. Mas ¿quiere esto decir que haya sido estéril nuestro trabajo? El hombre no es un ser aislado; un lazo incontestable lo une á la humanidad, y aun es preciso extender este lazo á todo la creación. Existen, pues, relaciones ciertas, aunque desconocidas para nosotros, entre las generaciones que se suceden en esta tierra, como entre todos los habitantes de la inmensidad de los cielos: es una gran familia, en la cual contamos seres que nos son queridos. Si estos amigos, si estos parientes utilizan el trabajo á que nos hemos consagrado en esta vida, ¿quién osaría decir que es vano?

¡Puros sueños! dirán los sectarios del cristianismo tradicional, convirtiendo estos sueños contra la doctrina del progreso, con la cual los identifican. Podrá llamarse sueño nuestra fe; pero el reproche no tiene autoridad en los labios de los que creen en el paraíso y en el infierno, porque entre los sueños absurdos que hayan existido sobresale sin duda la idea que la doctrina ortodoxa se forma de la vida futura: el pasado es un sueño tedioso y el infierno un sueño horrible. Estos sueños se van y es preciso que la teología haga su duelo. En el mismo seno del cristianismo, la creencia de una vida progresiva tiende á reemplazar á la creencia tradicional; y cuando sea general esta fe, no se la llamará ya un sueño. Inspira al presente á todos aquellos á quienes el dogma católico repugna. Poco importan las disidencias de detalle, que son inevitables y no impiden que se reúnan los hombres en una fe común. Una fuerza singular presta esta fe á los que la poseen: teniendo la convicción de su eternidad, son pacientes y fuertes como el Eterno. Hé aquí la fórmula religiosa del dogma de la perfectibilidad; tenemos una eternidad delante de nosotros, y cada

cual hace su propio destino en esta existencia sin fin, y nada se pierde del trabajo á que nos consagramos. ¡Qué móvil más poderoso para excitarnos á trabajar incesantemente en nuestro perfeccionamiento!

§ II.—Los orígenes de la idea del progreso.

I

La creencia en una perfectibilidad infinita es el carácter distintivo del siglo XVIII; pero la idea misma del progreso no data de la filosofía del siglo pasado, se remonta á la antigüedad. Dícese, y nosotros mismos lo hemos dicho, que los antiguos ignoraban la noción de la perfectibilidad, lo cual es cierto, pero con una reserva. Verdad es que no creían en una existencia indefinidamente progresiva de los individuos ni de las sociedades, siendo la opinión general que después de una cierta revolución de los astros volvían todas las cosas absolutamente al mismo estado en que antes se hallaban, y los filósofos aplicaban esta desoladora doctrina al destino de los hombres como á la naturaleza física, de lo cual resultaba que la existencia de los individuos y de los pueblos en esta tierra reproducía eternamente las mismas faltas y las mismas desgracias. Esta extraña concepción se explica, y aun se puede decir que supone, limitándola, la idea del progreso. Siendo el hombre un ser imperfecto y estando ligado su destino á las condiciones físicas de la tierra que habita, debe llegar un tiempo en que la humanidad haya alcanzado el último término del perfeccionamiento á que puede elevarse en los límites actuales de su organización. ¿Qué sucederá entonces? Al descubrir mundos innumerables, la ciencia moderna ha abierto una perspectiva infinita á nuestras esperanzas; pero los antiguos no tenían este dilatado horizonte, y no había otro medio de conciliar la inmortalidad con las leyes de una morada inmutable que hacen renacer á los hombres en condiciones eternamente idénticas.

¿Había á lo menos progreso en cada período de la existencia del género humano? Los antiguos negaban resueltamente el progreso moral. ¿Quién no conoce los tristes versos de Horacio? "Nuestros padres, más malos que sus progenitores, han engendrado hijos más perversos, de que nacerán luego otros peores." Empero hay en el hombre un